

Aurora sola, abandonada de su marido, al que ella habia despedido de su casa, como ya sabemos, olvidada por su hermano, que andaba ocupado en proyectos de un brillante enlace, á merced de criados venales y corrompidos cuando apenas contaba los diez y ocho años de su edad, buscó el mundo con su loco bullicio y sus diversiones, y lo encontró.

En la misma casa que habitaba, vivia tambien una jóven de rara belleza, viuda, segun decia ella, y separada de su marido, segun decian otros.

Matilde, que éste era su nombre, era una de esas mujeres peligrosas, que no creyendo en nada, á nada temen tampoco: modernas discipulas de Epicuro, ó mejor dicho, esclavas é idólatras del becerro de oro, al que sirven y acatan donde quiera que lo hallen.

Contaba Matilde veinte y cuatro años, es decir, seis más que Aurora, y los bastantes para

ser maestra en el arte del coquetismo, y para seducirla y arrastrarla hasta el cieno cubierto de flores en que ella vivía.

Aurora era bella: pero su vecina, sin serlo tanto, era mucho más seductora.

Apenas había en su rostro una facción que se pudiera llamar verdaderamente hermosa; y sin embargo, el conjunto presentaba un encanto al que era difícil resistir.

Su tez era fresca, suave y blanca como las hojas de una azucena, añadiéndose á su encanto natural el que le prestaban los mejores perfumistas de Madrid.

Nada más hermoso que sus abundantes cabellos de color castaño oscuro, que, mirados á cierta luz, tenían espléndidos reflejos dorados y brillantes, y que se rizaban en ondas sedosas y naturales.

Sus ojos negros, rasgados y llenos de ternura, sabían retratar sin embargo las más violentas pasiones, y eran más peligrosos porque, además de hablar, pensaban: tenía la boca de gracioso dibujo y adornada de una magnífica dentadura, que, según decían las envidiosas, no era suya, pero que lo parecía, gracias á lo perfecto de su colocación.

Su nariz era fina y bonita, pero ligeramente levantada, lo que daba á su rostro un encanto picaresco é indefinible algunas veces por su misteriosa expresión.

Tenía la frente bastante ancha para que hablase en favor de su talento, y bastante angosta para que fuese muy graciosa: pues es sabido que una frente ancha, con exceso, perjudica mucho á la armonía de las facciones.

Tenía Matilde esa estatura regular y flexible, que es un medio entre una talla alta y otra muy pequeña: es decir, que tenía los límites precisos para estar dotada de todos los encantos de la gracia, y de todo el atractivo de la majestad.

Añádase á esto unas manos de niño, unos piés enanos, un talle de ninfa, el aire más elegante, las maneras más escogidas, y el cuidado más exquisito en el tocador, y se tendrá una idea aproximada de lo que era la amiga que la Providencia deparó á Aurora en su soledad y de lo difícil que sería para aquella jóven inexperta el resistir las seducciones de semejante trato. La habitación de Matilde estaba en el mismo piso y frente de la que ocupaba Aurora con su hermano, y tres criados; la cocinera apenas salía de su departamento. Joaquina había sido reem-

plazada por otra doncella; y el criado estaba encargado casi exclusivamente del servicio de German.

Pocos dias despues de su casamiento, Aurora supo que su vecina era una viuda encantadora; y la pobre jóven que, á pesar de vivir entonces al lado de su esposo y de su hermano, se hallaba muy aislada, se alegró mucho de aquella vecindad, que le podia proporcionar alguna compañía: le envió tarjetas ofreciendo la casa como á los demás vecinos, y esperó con impaciencia su visita.

Esta se hizo esperar bastante.

Matilde era mujer que sabia darse tono.

Informóse primero de quién era aquella familia, y supo toda su historia.

—Me conviene, dijo para sí: una jóven casi aldeana, pues solo ha vivido en el campo ó en provincia; un marido salvaje; un hermano poco ménos, pero rico y libre: es indudable que me conviene esta amistad; es de las pocas amistades femeniles que yo cultivaré.

Matilde huía verdaderamente de las *amigas*, al paso que halagaba á los *amigos*.

Para el dia que pensaba ir á ver á sus vecinos, preparó un traje delicioso.

Encargó á una de las mejores modistas un vestido azul, adornado de encajes negros con sumo gusto, y un sombrerito encantador.

Aurora quedó deslumbrada: jamás habia visto tanta gracia y tanta belleza.

Su vecina estuvo admirable: desplegó en la conversacion tal conocimiento del mundo, tal costumbre de tratar á la alta sociedad, en la que tan ardientemente deseaba penetrar Aurora, que ésta quedó completamente fascinada.

Sucedía esto al dia siguiente de haber ido el Marqués en busca de German. Aurora solo pensaba en él, y despues que salió Matilde, se decía:

—¡Qué feliz sería yo llegando á ser amiga de esta adorable mujer! feliz, porque le confiaría este secreto que llena mi corazon: y más feliz, porque tal vez en su casa pudiera ver al Marqués.

—Seré su amiga, pensaba Matilde entre tanto: me conviene esta gente: se puede explotar á maravilla: ella es una pobre palurda; su hermano me parece muy fácil de conquistar, y quizá hallaría en él el marido que algunas veces echo de ménos en medio de mi turbulenta vida: no he empezado mal, pues creo que la he deslumbrado.

Matilde tenía razon.

La pobre Aurora solo pensaba en ella.

Matilde y la memoria del Marqués se repartian el dominio de aquella alma inocente.

Tanto como dilató Matilde su visita, tanto se apresuró Aurora á devolvérsela.

La pobre jóven se hallaba tan aislada, tan aburrída, tan sin relaciones, que solo ansiaba alguna sociedad.

Para ir á devolver la visita á su vecina, se proveyó, como ésta, de un elegante sombrero: pero qué diferencia entre el que habia llevado puesto Matilde y el que llevaba Aurora!

Este, aunque de luto, pues lo vestia por la muerte de su madre, estaba cargado de plumas, frutas y flores: el de Matilde, azul, de gasa, era perfectamente sencillo.

La visita de Aurora tuvo lugar á las tres de la tarde: Matilde hacia una hora que se habia levantado, y se hallaba en su tocador, al cual dió orden de que pasasen á Aurora.

Aquello, que era solo un alarde de vanidad, conmovió á la sencilla jóven como una prueba de confianza.

A la vista de aquel templo del lujo, quedó petrificada.

Era el tocador más elegante y más suntuoso que pudiera soñar una novia.

Un fuerte perfume se respiraba en él: sentada ante un soberbio espejo de cuerpo entero, se hallaba Matilde, bella como una ninfa al salir de su baño.

Envolvía un peinador de batista, fina como la espuma del agua, forrado de raso color de rosa, y guarnecido de magníficos encajes.

Aquel peinador se hallaba sujeto al talle por un ancho cinturon de raso del mismo color, que descendia en cabos flotantes.

Otros lazos iguales adornaban los encajes de los hombros y del pecho.

Cuando Aurora entró, ya estaba la inteligente doncella dando la última mano al peinado de su señora; si hubiera empezado entonces, y hubiera hecho entrar á Aurora, ésta hubiera visto no pocos rizos y trenzas postizas.

Pero esto hubiera sido imposible, pues la encantadora Matilde jamás se ponía delante de nadie sino en un estado en que se la pudiera admirar.

Tan imposible era analizar el traje y el peinado de aquella mujer, como penetrar los misterios de su alma.

—¡Oh, amiga mia! exclamó levantándose para salir al encuentro de Aurora, y estrechándole las manos: ¡qué amable es Vd.! ¡y yo, qué mal hago en levantarme á estas horas! por mi culpa, tiene Vd. que entrar en esta desagradable habitacion en vez de pasar á un cómodo gabinete: más nos iremos ahora, y suplico á Vd. que me perdone si por algunos minutos la detengo aquí.

Matilde hizo sentar á su vecina, y despues sumergió sus lindas manos en una jofaina de plata cincelada y marcada con sus cifras, como todo el servicio de su tocador.

La doncella le presentó una cajita de porcelana que contenia una aromática pasta de almendras, y Matilde tomó una pequeña cantidad, frotándose suavemente, y secándose despues con una delicada tohalla de batista, que quedó teñida con el color rosado de la pasta, y por lo mismo inservible.

—Vamos ahora á mi gabinete, querida mia, dijo Matilde á su vecina: allí estaremos mucho mejor.

—¿No se viste la señora? preguntó la camarera.

—No, Cornelia: no quiero hacer esperar á

esta señora: por hoy no me visto hasta la hora de la comida, y por consiguiente tampoco recibiré á nadie.

—¡Cómo, señora! exclamó Aurora; ¿hace Vd. eso por mí? Entonces me voy al instante: yo quiero que me trate Vd. con toda franqueza.

—Sea así, repuso amablemente Matilde. Cornelia, dame un vestido.

—¿Cuál desea la señora?

—El que tú quieras.

Cornelia, que tenia el aire vivo, á la par que elegante, de una camarera *de confianza*, entró en un gabinete inmediato, y un instante despues salió trayendo suspendido de su mano derecha un lindísimo traje de raso, color gris, adornado de ligeros encajes negros.

Cornelia despojó á su señora del peinador de batista, y descubrió un corsé pequeñito de raso blanco, una camisa de batista ricamente bordada y una enagua orlada de un magnífico encaje.

Pero aun más que estos accesorios, parecieron encantadores á Aurora los brazos, los hombros y la garganta de Matilde.

La jóven estaba deslumbrada.

Cornelia puso á su señora el vestido, que estaba hecho con la esplendidez elegante de

las modistas artistas, y que tan cara cuesta.

Apareció su talle divino sin amaneramiento, pues el traje, magistralmente confeccionado, estaba á la vez holgado y sentaba á la perfección: la cola de la falda no la hubiera desdeñado por corta una jóven y elegante soberana.

—Vamos á mi gabinete, dijo Matilde, tomando de manos de su doncella un rico pañuelo perfumado con *jockey-club*, el más delicioso de los perfumes modernos: ahora Cornelia, prosiguió dirigiéndose á su camarera, si viene alguno, ya puede pasar.

—¡Dios mio! pensó Aurora que, viviendo primero en un convento, y luego al lado de una madre en extremo vulgar, era muy ignorante de los usos del mundo: y antes ¿por qué no podría recibir? ¡tan encantadora como ahora estaba con su bata! ¡esta mujeres capaz de volver loco á cualquiera! ¡que partido tendrá con los hombres! ¡tan bella, tan elegante, de tan distinguido trato! ¡ah! ¿por qué no me parezco á ella?

Embebida en estos pensamientos, llegó Aurora, con su nueva amiga, al gabinete más delicioso que pudiera imaginar.

Era una estancia octógona, y que recibía la

luz por cuatro pequeñas ventanas, que caían á un terrado cargado de flores y de plantas aromáticas, y en cuyo centro murmuraba una fuentequilla.

Las ventanas estaban asimismo adornadas de macetas, que formaban espesas cortinas de yedra y enredaderas esmaltadas de flores.

Las maderas, entreabiertas, dejaban penetrar un ambiente embalsamado.

Un piano de Erard, de palo santo, con embutidos de nácar y bronce, ocupaba el testero principal, y sobre él se veía abierta una partitura con la música más de moda.

Sin embargo, Matilde apenas sabía tocar nada, y cantaba solo de oído algunas piezas ligeras, si bien con la expresion deliciosa que su peligroso talento sabía dar á todo cuanto hacía.

En medio del gabinete había un velador, sobre el que se veía una escribanía, de plata, antigua, artísticamente cincelada, y algunos libros en francés é inglés, pero ninguno en castellano.

Algunos silloncitos, pequeños y cómodos, ocupaban los ángulos: sobre la chimenea, cerrada con una elegante pantalla, había un jarro lleno de flores.

Por último, algunos cuadros que representaban escenas de los amores de Enrique IV de Francia con Gabriela de Estrées, y de Carlos VII con Inés Sorel, adornaban las paredes, cubiertas de seda color de lila muy claro con ramilletes de margaritas.

—¡Ah! ¡qué bello gabinetel! exclamó Aurora, que tenía su pecho oprimido de admiración: qué cosa tan graciosa, tan bella, tan encantadora!

—¿Le agrada á Vd., querida mia? preguntó Matilde con bondad: yo me alegro mucho de eso: y en su mano está el pasar en él muchas horas del día: esté Vd. segura de que cuanto más tiempo esté á mi lado, estaré yo más satisfecha: ya me figuro que, casada desde hace poco tiempo, tendrá Vd. más gusto de estar al lado de su marido: aun dura para Vd. la luna de miel: pero, querida mia, también es bueno dejar al hombre un poco de libertad, y yo le aconsejo que no le quite al suyo la que de razón le corresponde: que se vaya con sus amigos, y usted quédese á mi lado y no lo pasará muy mal: tengo abono en el teatro Real y en el Español, y una noche á la semana recibo á mis amigos.

—¡El señor Conde de la Estrella! anunció en

aquel momento un criado, alzando la cortina para que pasase un caballero de elegante figura.

Matilde le tendió la mano graciosamente.

—¿Qué nuevas corren, querido Conde? le preguntó: ¿qué se dice?

—No he oído otra cosa que lamentar la ausencia de Vd., respondió con galantería el recién llegado.

—¡Lisonjero! ¿y quién me echa de menos?

—¡Todos!

—¿Pero quién son todos?

—La corte habitual de Vd.; el Duque del Lago, el Barón de la Redondilla, el Marqués del Prado.

—¡El Marqués del Prado! repitió el corazón de Aurora: ¡qué feliz soy en haber conocido á esta mujer!

—No se oye otra cosa, prosiguió el elegante, que ya estaba muy cerca de los cuarenta años, que esta pregunta:—¿dónde se ha metido Matilde Villaflores? ¿qué es de Matilde? ¿qué se ha hecho nuestra Matilde?

—¡Ah! ¿de veras? exclamó ésta sonriéndose: ¡en verdad que ignoraba hasta ahora que fuese tan querida!

—Finge Vd. que lo ignora, pero no es así.

—Lo digo como lo siento.

—Pues ya sabe Vd. lo contrario.

—Y soy feliz al saberlo: ya estoy mejor, y esta noche, que es de moda, haré *mi aparicion* en el teatro Español: ¿quiere Vd. acompañarme, amiga mía?

—Con mucho gusto, dijo Aurora presurosa, y con el corazón palpitante de alegría: pero ya que nos hemos de ver esta noche, me voy ahora.

La joven se despidió, y pasó á su habitación, ébria y aturdida de felicidad.

VI

Isabel y su grotesco compañero llegaron á la puerta del hospital general, descendieron del coche y entraron en la sala de descanso situada en el piso bajo del establecimiento.

Don Ciriaco se sentó y permaneció silencioso, pues aunque era muy cierto que su afición al bello sexo rayaba muy alta, no lo era ménos que Isabel le imponía mucho respeto con su aire digno y modesto.

Encargó á uno de los dependientes de la casa que llamase á la superiora, y se entretuvo en dar vueltas á sus pulgares encima de su vientre.

La religiosa tardó poco en llegar.

—Señora, dijo el tendero: aquí tiene Vd. á esta joven que Vd. entregó á mi mujer, y que ésta quería conservar á su lado: ella no quiere estar allí, y dice que ya le tiene Vd. buscado otro acomodo: de consiguiente, mi comisión está concluida: se la dejó á Vd., y me marchó.